

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

DÍCESE de frecuente que el atraso de la civilizacion española consiste en la falta de proteccion que los ingenios han merecido, y aun hoy deben á los Gobiernos; y aun- que en el fondo de este dictámen existe por desgracia un principio de verdad, no podemos convenir con aquel racionio, segun y en los términos en que funda su opi- nion la masa general, que así califica el origen de un defec- to que nosotros no hallamos.

La acriminacion que á los Gobiernos se hace, no carece de fundamento; pero á nuestro juicio parte de una creencia equivocada, siendo así que con dificultad habrá una nacion en que los literatos y artistas que hayan ceñido los laure- les de la fama, puedan contar mas brillantes atenciones que las que en varias épocas se les han concedido en Espa- ña; por lo cual deducimos que el mal existe mas bien que en el escaso premio, en la manera de concederle. La ma- yor recompensa que entre nosotros está en uso, es la de conferir al agraciado un empleo del estado; y esta resolu- cion, cuando no contribuya á estacionarle en el mecanismo de guarismos y prácticas rutinarias de una oficina, le co- loca por lo menos en una posicion resvaladiza, agena de la independenciam, á cuya sombra medran las ciencias y las artes, sujetándole al propio tiempo á ser el blanco de la emulacion y la envidia en los vaivenes políticos. Mientras no se reserve al mérito un derecho de alcanzar por su propia esclencia el merecido tributo que sirva de estímulo poderoso á la juventud, consignándose á los hombres que le posean los recursos suficientes, para que viviendo con desahogo den rienda suelta á su genio, sin humillar- se á besar la planta de un particular bienhechor, nun-

ca tendremos artes, ni literatura nacional; esponiéndonos á ver á nuestros ingenios morir en la indigencia, y aun sin el consuelo de legar sus cenizas á la patria en que na- cieron. La siguiente biografia de uno de nuestros contem- poráneos literatos, cuyo nombre se elevó en época reciente á la mas alta reputation, justifica en ciertos extremos la opinion que acabamos de emitir.

Don Juan Bautista Arriaza y Superviela nació en Madrid á 27 de febrero de 1770, siendo hijo legitimo del matrimonio del coronel retirado D. Antonio José de Ar- rianza y Doña Teresa Superviela. La extraordinaria dispo- sicion, que desde su mas tierna infancia manifestó á las letras, hicieron á sus padres concebir una esperanza que no salió fallida, y que llenó de gloria á los dignísimos pa- dres escolapios del Lavapies, y á los preceptores del Semi- nario de nobles, en cuyas aulas adquirió el desarrollo de aquella imaginacion tan delicada y fecunda; por manera, que cuando á los 12 años de edad, fué nombrado cadete de artillería y destinado de colegial al de Segovia, empeza- ba ya á reunir las brillantes hojas de que mas adelante debia tegerse su corona literaria, con embeleso de su fami- lia y gloria de sus maestros.

Los notorios adelantos en la carrera emprendida le distinguieron singularmente, y en premio á su aplicacion pasó á guardia marina en 21 de julio de 1787, al departa- miento de Cartagena, obteniendo el grado de alférez de fragata en 16 de marzo de 1790, en cuyo sentido sirvió en varios buques de la escuadra española, durante la guer- ra contra la república francesa, desde 1793 hasta 1795, en que se firmó la paz de Basilea; y los conocimientos é

15 de mayo de 1842.

intrepidez que manifestó en la ocupacion de Tolon, el sitio de Rosas y otras varias expediciones, le valieron en 25 de enero de 1794 el ascenso á alférez de navio. Ya en estos dias el sonoro acento de su lira transformaba en delicioso Eden de las musas la tenebrosa cabidad de los bageles en que navegaba; pero con la singularidad, poco favorable á su póstuma fama, de escribir pocas veces sus versos; de suerte, que fiados á la memoria, aunque ésta muy feliz, habrán desaparecido con el autor mil deliciosas creaciones, selladas con las fuertes tintas que prestan los fuegos de la edad primera: Asi fué que hallándose con el duque de Mahon en Paris por el año de 1797, quiso imprimir sus poesías con el modesto titulo de *Primicias*, y para poderlo realizar, tuvo que pedir las á su amigo, el distinguido literato D. Martin Fernandez Navarrete, que por curiosidad las habia copiado á bordo, cuando Arriaza las recitaba á sus amigos. Este fue su mayor y mas formal ensayo, aunque no el primero; porque ya en 1796 habia publicado en Madrid el canto fúnebre titulado *La compasion*, con motivo de la muerte del duque de Alba.

Los dias de la primavera juvenil en que la gloria militar es un idolo, á quien rinden adoracion las almas nobles, habian desaparecido: los trabajos, disgustos y privaciones consiguientes en las campañas navales, reclamaban un descanso; y las musas vencieron por entonces á Marte en la contienda que sostuvieron, para colocár cada cual con esclusiva independencia á su hijo predilecto bajo la égida protectora de sus respectivos poderes. Por otra parte la inclinacion del poeta á una vida tranquila, fuente de las inspiraciones, triunfó tambien; y Arriaza obtuvo en 10 de febrero de 1798 su retiro, con recomendacion para destinos civiles y el grado de teniente de fragata, que se le dió un mes antes, siendo por sus méritos nombrado en 28 de agosto de 1803, agregado á la legacion de Inglaterra, cuyo empleo sirvió poco tiempo por razon de la guerra que estalló entre aquella nacion y la España; de suerte que regresado á su pais, frecuentó el íntimo trato de las musas, dando tambien á la prensa un opúsculo con el titulo de *Restitucion de las embarcaciones españolas con caudales*. Pero queriendo á la vez ser útil á sus conciudadanos con la importancia de obras recomendables, capaces de fijar y difundir el gusto de las bellas letras, publicó en 1807 la traduccion del *Arte poética de Boileau*, acomodándola en lo posible á las exigencias de la rima castellana.

La funesta, aunque gloriosa guerra de la Independencia, avivó el encendido espíritu de los poetas, dispuestos solo antes á cantar al amor en la serena estancia de los frondosos verjeles; y la musa de Arriaza practicó una terrible transicion, trocando la blanda cítara por el clarin guerrero. El denodado militar que combatió en los mares por el honor de su bandera, sintió inflammar su pecho viendo peligrar la libertad de la patria, y sino empuñó entonces el matador acero para contribuir al exterminio de los conquistadores, no por eso fué menos útil, estimulando con sus producciones patrióticas á cuantos tenían sangre española. Estas poesías, que por entonces corrieron de boca en boca, se entonaron con gran entusiasmo en los campos de batalla al acometer al enemigo, y en el tranquilo recinto de los hogares al celebrar las victorias de las armas nacionales. Con dificultad habrá español que ignore el prodigioso efecto de aquella cancion cívica que empieza.

Vivir en cadenas

¡cuán triste vivir!

morir por la patria

¡qué bello morir!

y el bellissimo himno al *Dos de mayo*, la *Profecía del Pirineo* y otras muchas composiciones.

La lucha entre las armas españolas y los ejércitos de Napoleon estaba empeñada, cuando Arriaza volvió á Inglaterra á desempeñar su anterior destino en la legacion, con otras varias comisiones que el gobierno legítimo le confirió en 4 de mayo de 1810, convencido de que por las conexiones que le unian á varios personajes influyentes de Londres, y por su condicion de escritor y patriota, seria su presencia de grande utilidad á la causa nacional. Correspondiendo á este juicio, rechazó alli con el mayor calor y acierto los insultos hechos á nuestra nacion por la prensa inglesa, y dió á luz con este motivo un opúsculo titulado *Observaciones sobre el sistema de guerra de los aliados en la península española*, cuyos trabajos merecieron el elogio de la regencia, que le manifestó su aprobacion por oficio que le dirigió el ministro de Estado D. Eusebio Bardají y Azara en 28 de mayo de 1811, nombrándole en 17 de setiembre de 1812 sexto oficial de la primera secretaria de Estado, en cuya carrera ascendió por turno hasta la clase de segundos.

Su mérito, cada vez mas notorio, y la correcta diction de sus escritos, le colocaban en el número de los escogidos puristas, razones por las que la real Academia española le admitió por su individuo honorario en 24 de noviembre de 1814, promovándole á la clase de número en 8 de febrero de 1821.

Ya estas distinciones y otras muchas que recibia de corporaciones y personas notables, le señalaban una preferencia desusada para los ingenios españoles: pero su mas inmarcesible gloria consistia en el aprecio con que su nombre corria por todos los círculos sociales, siendo á un tiempo el regocijo de las musas y el poeta mimado de su época. Sus versos fáciles, llenos de sensibidad, abundan de variedad de imágenes, sonidos armoniosos y comparaciones magnificas, exentas de toda afectacion y gongorismo; concurriendo en ellos la magestad del idioma, la cadencia del metro, la ternura del sentimiento, lo picante y gracioso de la sátira, y la agudeza del epigrama.

Ocasion era esta para tratar de vindicar á Arriaza del injusto desden con que parecen mirarle nuestros modernos vates, recordándoles aquí que hombre que supo cautivar la atencion de todo un pueblo, que hizo familiares sus conceptos, que alcanzó el singular honor de ver reimpresas seis veces sus obras, no era ni podia ser un autor adocenado. Herrera, Rioja, Villegas y Melendez no vieron la satisfaccion que Arriaza de escuchar las blandas inspiraciones de su musa acomodadas á los encantadores acentos de la música nacional, haciendo intérprete de ellas al bello sexo, á la juventud enamorada, y al guerrero marcial. La *Despedida*, la *Declaracion*, la *Barquilla*, el *Sueño*, y el *Amor y la amistad*, aunque sabidas de todos se oyen hoy con aprecio, aun despues de las notables alteraciones ocasionadas en la poesia por la marcha de este siglo inuevador.

La cortedad de la vista que padecia Arriaza, era un poderoso obstáculo para el manejo de papeles en la secretaria donde estaba empleado, y por tanto el rey le nombró en 19 de abril de 1818 su mayordomo de semana, honrándole despues en diferentes épocas con honores de su consejo, titulo de su secretario con ejercicio de decretos, y caballero de número de la real y distinguida órden española de Carlos III. Estas singulares distinciones que entonces le engrandecieron, aunque sin envanecerle, fueron despues en el cambio de instituciones la causa de que Arriaza quedase injustamente olvidado. El sentimiento de gratitud dominaba en él, y si cantó elogios al rey su Mecenas, no hizo en ello mas que seguir el impulso de un corazon agradecido y leal. Debemos sin embargo ser imparciales, y confesar, que estas inspiraciones de su alma, no fueron, mi-

radas bajo el aspecto puramente literario, las mas gloriosas para su poética corona, pues ni sus cantos eucarísticos á Fernando, ni sus epitalamios, ni sus inscripciones para los arcos triunfales, merecen ponerse en parangón con sus anteriores composiciones, ni parecen dictadas por aquel fuego que le inspiró en su celebrada canción del dos de mayo, versos tan bellos como los siguientes:

Este es el día en que con voz tirana,
«Ya sois esclavos,» la ambición gritó;
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
Muertos sí, dijo, pero esclavos, no.

Vedlos cuan firmes á la muerte marchan
Y el noble ejemplo de morir nos dan;
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas libres al Empíreo van.

O en la bellísima canción de la *Despedida*, aquellas tiernas estrofas.

Llega tu, objeto divino,
tiéndeme los brazos bellos,
que si logro yo que en ellos
dulce acogida me des;

No conseguirá el destino
el golpe que quiere darme,
porque antes de separarme
me verá muerto á tus pies.

No me enamoró tu trato
ni tu semblante perfecto,
sino un simpático afecto
que tal vez nací con él;

Yo me figuré un retrato
de las gracias verdaderas,
y conocí que tú eras
el original de aquel.

Sin duda la obligación de sus composiciones oficiales limitaba para ello su conocido ingenio, y luego la edad debía resfriar también su poético entusiasmo, como lo expresó él mismo en un hermoso soneto que hizo en sus últimos años.

Ceden del tiempo á la voráz corriente
recias pilastras y columnas duras,
las cúpulas rindiendo, que segura
se sustentaban en su escelsa frente.

Caduco desde el Líbano eminente
baja el añoso cedro á las llanuras;
ayer pomposo adorno en las alturas,
hoy triste cebo en el hogar ardiente.

Contra la destrucción, tampoco abrigos
halló mi musa; pues si busca ansiosa
versos, que ya la esquivan enemigos,

Solo á ofrecer se atreve presurosa
verdad, y no ilusión, á mis amigos,
caricias, no cantares, á mi esposa.

En 24 de mayo de 1824 fue nombrado individuo honorario de la real academia de S. Fernando, en cuyo seno recitó de memoria y á presencia del rey, en la distribución de premios, verificada en 27 de marzo de 1832, un discurso en verso, que por su mérito se imprimió en el cuaderno de actas que se publicaron; y en el año de 1829 hizo la última y mas correcta edición de sus poesías, cuya impresión se despachó con singular estimación.

Los últimos años de su vida fueron amargos entre penalidades domésticas, y el desconsuelo de haber perdido un hijo querido, que daba ya las mas lisongeras esperanzas. El extremo cuidado de su esposa y sobrina, Doña Paula de Arriaza, que le amaba con ternura; el cariño de cuatro hijos que le quedaban, y el aprecio de sus numerosos amigos y apasionados, le sostuvieron hasta el 22 de enero de 1837, en que falleció á la edad de 67 años, siendo enterado en el cementerio de la puerta de Fuencarral.

Las obras líricas de este poeta tienen aquella difícil facilidad que tanto honor hacen á las de nuestro gran dramático Moratin; pues, segun sentir del mismo Arriaza, no puede haber verdadera expresión de ideas, donde no reine la mayor claridad de dicción; porque es muy ridiculo atri-

buir á misterios del arte la falta de claridad, que algunos pretenden encubrir con el título de lenguaje poético. Es cierto que el camino que guía á este venturoso término es tan árido, que fatigado en su carrera, incurrió alguna vez el poeta en algun desaliño, pero es disimulable y no digno de tomarse en cuenta, si se compara con las bellezas de que abunda. Conciliar la sencillez con la elegancia, proscribiendo la afectación de tropos y figuras amontonadas sin discernimiento, fue siempre el punto de su partida, y á esta feliz circunstancia debió su popularidad y el aprecio de los hombres entendidos.

ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

SEPULCRO DEL PRÍNCIPE D. JUAN,

EN AVILA.

PENETRADOS de un sentimiento religioso á la vez que de un noble entusiasmo, recorremos esos templos góticos que nos legaron la piedad y la magnificencia de nuestros pasados. Bajo aquellas bóvedas ennegrecidas por los siglos, rendimos un tributo de adoración al ser supremo en derredor de aquellas paredes adornadas con trofeos que recuerdan las glorias de nuestras armas; veneramos sepulcros que encierran las cenizas de personajes célebres por su heroísmo ó por sus talentos y virtudes. Estos afectos se ofrecieron á mi imaginación al penetrar en uno de los suntuosos templos que atestiguan la antigüedad y grandeza de la ciudad de Avila, en la que tan solo se ven hoy recuerdos de su antiguo esplendor.

La iglesia de Sto. Tomás fue el objeto de mi curiosidad en una tarde: al penetrar en ella se ofreció á mi vista un suntuoso templo, en el que su arquitectura gótica y su excelente construcción material eran dignas de particular atención. Veíase en el centro de su espacioso crucero un suntuoso sepulcro adornado con multitud de trofeos, y sobre él una estatua tendida que representaba al malogrado príncipe D. Juan, cuya temprana muerte puso el cetro de nuestra España en manos del extranjero. Mi vista se fijaba en aquella estatua, en aquella tumba y en aquellos trofeos, y mi corazón se hallaba oprimido por una tristeza invencible. Meditaba cuán diferente habria sido la suerte de la Península si la parca no hubiese arrebatado tan pronto al hijo de Isabel.

Es cierto, decía, que la frente de nuestros guerreros no se habria visto ornada con los laureles de Pavia y San Quintín; nuestros estandartes victoriosos no hubieran ondeado en las orillas del Elba, en las del Danubio, ni entré las ruinas de los palacios de los Césares; pero en cambio no habrian sido presa de la codicia extranjera las riquezas de nuestro suelo ni las de las nacientes colonias; no lamentaríamos la catástrofe de Villalar y sus funestas consecuencias, y los inimitables esfuerzos de nuestros soldados empleados en guerras inútiles, y su sangre prodigada por sostener derechos que nada nos interesaban, ni debieran reportar á nuestra nación mas ventajas. Las fértiles comarcas de la Berbería, objeto de la atención de la casa de Castilla, dominadas por nuestras armas, presentarían un magnífico espectáculo; sus habitantes doblarían la rodilla ante la consoladora Cruz de Jesucristo, hablarían nuestro idioma, y publicarían nuestro poder; dueños de sus costas y de las de Nápoles, el mediterráneo seria una posesión nuestra..... Pero ¿cómo referir las ideas que inspiraba aquel sepulcro, aquella urna cineraria que pudiera mirarse como la lacrimatoria de nuestra nación! ¿cómo pintar la emoción

que causaban los restos del nieto de Pelayo, del héroe que terminó en las orillas del Genil la grandiosa empresa que aquel ilustre caudillo comenzara en Covadonga! Salí del templo, y dirijí mis miradas al vasto campo que se descubría: busqué una campiña, y hallé un arenal; busqué poblacion, y hallé la mas triste soledad. La ciudad presentaba un aspecto de tristeza..... un aspecto del siglo X.

Vastos conventos, sombríos y solitarios palacios, eran los únicos obgetos que habian sobrevivido á tanta catástrofe. ¿En esto, exclamé, en esto vino á parar la gloria de nuestras armas, y la riqueza de nuestro suelo? ¿asi se marchitaron los laureles de Otumba y de Lepanto? ¿asi pereció nuestra agricultura, y se arruinó nuestro comercio?...

J. M. DE E.



CAZA DE LAS GAMUZAS.

(Extracto de un viaje á Suiza).

... **P**ASADOS algunos dias me encontraba en Untersseen. ¡Qué viajero no se hubiera aqui detenido, como yo lo hice, para saborear á su placer un dulce aunque pasajero Idilio! seguramente que la Suiza no tiene un sitio mas encantador que este. Situado entre los dos lagos de Thoum y de Brienz parece al viajero como una isla de verdura rodeada por do quiera de los nevados Alpes. A sus pies reposa el fresco y delicioso valle, donde serpentean los vivientes setos formados a ramilletes con el sauco y el rosál silvestre, y los altos nogales con lo pomposo de sus ramas, hasta una gran distancia: añádase á esto sus antiguas torres arruinadas y casas de madera toscamente construidas, con las graciosas aldeanas, cuyas largas y blondas trenzas de pelo les cuelgan hasta la cintura, y cualquiera pensará hallarse en la Arcadia de los poetas.

Cierto dia despues de mucho andar por las calles de esta poblacion, no pude menos de detenerme delante de una tienda muy sencilla, cuyo dueño, por el todo de su figura me habia chocado. Era el tal un hombre de fornidas y vigorosas formas; pero cuyas facciones daban á

conocer á primera vista la tristeza que dominaba su alma. Todo su comercio, que muy ordenadamente colocado, se hallaba sobre un mostrador, consistía en varias producciones naturales y curiosidades de las montañas, tales como cristalizaciones, bastantes minerales, algunos instrumentos de madera ingeniosamente labrados, y sobre todo gran porcion de cuernos de gamuza muy negros y alisados, que podían servir de puños de bastones ó de estuches.

Detras de todo esto se hallaba sentado el vendedor, mostrando cierta inquietud mezclada de fiereza. Aproximándome á él ví que el desgraciado habia perdido el brazo derecho, y que ademas la dolencia de una de sus piernas le obligaba á permanecer lo mas del tiempo en la forma que le encontré. Ya por el interés que me inspiraba, ya por la ociosidad que me hacia apetecible cualquiera distraccion; entablé conversacion con él, que, girando en un principio sobre el precio de los diversos objetos que estaban á mi vista, á muy poco tiempo, como hablaba con bastante facilidad se estendió luego por mis preguntas á un circulo mas estenso de lo que permitían las mercancías que estaban á la vista.

Mi hombre se llamaba Haus Roudi, nombre cuya procedencia helvética se puede muy bien asegurar; antes de emprender su tráfico modesto había sido cazador. — ¡Ah! me decía, dirigiéndome hácia los Alpes una mirada de amor y un suspiro que indicaba deliciosos recuerdos; yo no he estado siempre encerrado en esta maldita barraca. Hubo un tiempo en que libremente corría por las montañas y ventisqueros de esos valles. Mejor que yo ninguno conocía las cumbres del *Schidek* y del *Schwarzhom*, y si el ignorante cirujano que no ha sabido matarme me volviera, junto con el libre uso de mis piernas, el brazo que me ha cortado; Qué alegría! Yo encontraría las gamuzas, por mas que digan que se han hecho raras en el Oberland.

— Sois el mismo diablo, le repliqué sonriéndome. — Volveriais sin duda? Lo que es por mi me guardaría muy bien de semejante oficio, y no tendría en tan pequeña estima mi pobre cuerpo.

— Eso consiste, me replicó, en que jamás lo habeis ensayado, amigo mío, y mas os admiraríais si os dijera que mi padre y mi abuelo habían sido víctimas de la caza; y que á pesar de eso, nunca he deseado renunciar á ella, tanto que mientras aquí ha existido algo, (decía jurando y dándose un golpe en el hombro cuyo brazo le faltaba) hasta exhalar el último aliento hubiera deseado sin escrupulo ni miedo manejar mi carabina; mas ya puedo calcular que ha llegado ese tiempo, pues respecto á eso debo considerarme como muerto. Para hombres como nosotros la vida entera se encuentra en las montañas, y nada mas deseamos que rocas que subir, precipicios que salvar, y gamuzas con quienes luchar con audacia y valentía. Privados del aire puro de esos riscos y trasplantados al llano, nos vereis languidecer, así como acontece á la rosa de los Alpes que abre solo su capullo bajo la brisa reflejada de los hielos.

Una gruesa lágrima se deslizaba por las mejillas de este cazador entusiasta, al pronunciar estas palabras. Parecía un veterano recordando batallas de pasados tiempos, ó un marino, que por última vez contemplaba el océano y sus frecuentes tempestades.

Haus Roudi tenía felices disposiciones que merecían haber sido cultivadas. Volví á verle en diferentes ocasiones, y á poco tiempo llegué á saber toda su historia que me refirió el mismo, teniendo un singular placer aunque siempre mezclado de amargura, en darme exacta razón de los altos hechos y peligrosas situaciones de su juventud aventurera.

En su trastienda estaba cuidadosamente conservado todo su antiguo equipaje, que consistía en grandes zapatos con puntas de hierro para afianzarse al descender por la pendiente de un abismo, un baston largo y con chuzo á su estremidad destinado á servir de apoyo en los saltos peligrosos, una hacha bien templada para cortar el hielo y aun partir la roca, y una buena carabina en la que solo á golpes de martillo se introducían las balas. También existían allí el humilde zurron donde llevaba sus provisiones, y la calabaza de mimbres, á la cual sus labios por una inveterada costumbre, pedían de rato en rato el cordial consolador. Todo estaba allí guardado, mostrando con orgullo las paredes de aquel tabuco las reliquias del cazador.

— ¿Veis todo esto? me decía sonriéndose, pues cada uno de esos objetos que veis me trat sin cesar á la memoria infinidad de recuerdos dulces y amargos á la vez. Esta carabina fue un regalo de mi padre (Dios le tenga en descanso). Me la entregó como en prueba de su satisfacción, el día en que reunido con nuestros amigos mas allá del lago de Lutschina, introduje mi primera y dichosa bala por los lomos de una gamuza, que huyendo de nosotros se disponía á salvar la orilla opuesta del torrente, y eso que pocos animales hay tan

astutos como ese. ¡Cuántas veces despues de haber pasado resignadamente toda una noche en emboscada, al despuntar el alba me llenaba de alegría al observar una manada de ellas paciend tranquilamente la embalsamada yerba de un prado bastante lejano! A pesar de lo oculto que me situaba tras la espesa maleza, la centinela abanzada que nuestros enemigos no descuidan jamás en colocar á las inmediaciones del lugar de su festin estaba mas alerta que yo, y antes que tuviese tiempo de cargar mi carabina, un silvido penetrante ya habia transmitido la alarma, y toda la manada corría á mas no poder. Entonces si que era menester trepar por aquellos riscos, pues ningun obstáculo detenia á los fugitivos. De dos ó tres saltos á lo mas, ya seles veía encumbrados en la cúspide de un cerro, ya sumerjidos en lo profundo de una espantosa barranca; pero gracias á Dios, si ellos corrían mucho yo nunca les fui en zaga.

Veis también aquí una calabaza que me recuerda una buena historia. — Para su inteligencia es preciso que sepais que en cambio del privilegio que el canton nos concede de cazar libremente por toda la estension del Oberland, tenemos impuestas algunas pequeñas cargas, como por ejemplo la obligacion, al casarse alguna jóven doncella, de regalarla dos hermosas gamuzas, ni mas ni menos, como regalo de boda cuya carne hace su papel en el nupcial banquete, y cuyos cuernos figuran en el ajuar de la casa. Peter Joel, mi camarada el mas íntimo y constante tenia una hermana. — Hans, me dijo un día Peter, Maedeli (este era el nombre de la hermana) se desposa con Weber el posadero de Lauterbrounen, y dentro de otros dias es la fiesta, y en ese caso, ¿debemos dejar á otros el cuidado de presentar á la novia un regalo, del que otra alguna no pueda gloriarse? partamos esta misma tarde, y veremos al través de los montes de hielo si nuestros vecinos del Vales nos han hecho el favor de no desanidar toda la caza. — Manos á la obra, respondí, y con gusto, pues era sin duda un objeto de placer la expedicion que emprendíamos.

Para salir mejor con nuestro intento dirijimos nuestros pasos por unos sitios que no acostumbraban á recorrer los cazadores. Estábamos á bastantes leguas de la poblacion, cuando al amanecer descubrimos toda una tribu de ese ganado, mas difícil de cojer de lo que podeis pensar. A fé mia, se me figura que les estoy oyendo silvar; en cuanto nos descubrieron corrían á escape que era una maravilla. En verdad sea dicho, nos costó mucho trabajo el seguirlos, y solo al medio dia fue cuando pudimos matar las dos gamuzas que queríamos, y despues de recojidas fue preciso tratar de la vuelta, la cual era de todo punto incierta y difícil. Figuraos que nos hallábamos en un país desconocido, donde nos habia conducido el ánsia de la persecucion, sin dejar tiempo al examen y reflexion. De un lado se presentaba un mar de hielo sin limites, y de otro un abismo perpendicularmente cortado y abierto ante nuestros pies, cuya profundidad apenas nos dejaba distinguir los borbotones de espuma y bramidos del torrente que se precipitaba sobre las rocas algunos centenares de toesas de donde nos hallábamos. Lo que mas nos inquietaba no era la posibilidad de bajar hasta el fondo de esta garganta proporcionándonos de un modo ó de otro algunos escalones á lo largo de su poco firmes paredes; sino el que era preciso llegar allí con toda nuestra carga, y una cabra de las montañas no es tan cómoda de llevar como fácil de descuartizar, pero en cuanto á este último partido, ¿quién se hubiera detenido un solo instante! ¿que hubiera dicho Maedeli si en lugar de las dos gamuzas intactas, y á las que tenia derecho, tan solo se la hubieran presentado sus despojos?

Sin discurrir mas Peter se ata con su presa á una cuerda que yo llevaba de prevencion, y se deja rodar, mien-

tras que yo sujetaba fuertemente un cabo de esta escala á una roca saliente que resaltaba á 30 pies de profundidad por encima del abismo. Llegó mi turno, y con la ayuda del baston, sentando los pies en las quebraduras y tortuosidades de la roca y con el apoyo que prestaba la espalda de Peter, pronto estuvimos ambos reunidos. Antes de llegar al término de nuestros trabajos, repetimos mas de una vez esta misma maniobra, en la cual no teníamos mascuidado que el de ir escojiendo bien los escalones sucesivos; pero estando en esto sobrevino un incidente que nos puso en inquietud aunque por poco tiempo.

Atencion, me dijo, (bajando la voz) Joche!, durante una de nuestras paradas sobre las aéreas cornisas que eran ya el único medio de salvacion. — Atencion, no metais ruido. Pasados unos instantes me esplicó claramente pero á media voz como una águila disforme, de esa clase, tan solo conocida por los que vivimos en los Alpes, se hallaba perpendicular sobre mi cabeza atraida sin duda por el olor de la caza. Muy pronto en efecto vi lanzarse sobre mí, al ave, y golpearme con sus fuertes alas; pero habia tenido tiempo de tomar mis precauciones, y dirigiendo con mis manos el cañon de mi segura carabina, tropecé al gatillo con el pie, y salió el tiro, cuyo estruendo repitieron los ecos salvages de aquellos desiertos riscos. Llegamos por último á nuestra habitacion con las dos gamuzas y el mas bello Laemmergeyer, este es el nombre propio del tercer individuo que matamos, y el mas grande sin duda que se ha conocido en nuestros valles, y en los que ha sido objeto de terror y espanto. Por recompensa de los peligros á que me espuse, me fue entregada, esta bella calabaza con su cordon, de las propias manos de Maedeli, para la que fui siempre su segundo hermano.

¡Ah! pobre Roudi, le repuse despues que me recobré de la grande emocion que me habia causado su relato. — Yo temia ciertamente de no volveros á encontrar en el fondo del precipicio, sino mutilado en los términos que actualmente y por desgracia lo estais, y de ese modo en que terrible batalla habeis pues perdido vuestro brazo?

— Mi querido amigo, me contestó, eso es una triste aventura; si al fin hubiera perdido el brazo por matar un segundo Laemmergeyer no lo sintiera tanto; pero le he perdido sin gloria, cual un soldado que se rompe una pierna mientras se halla en cuarteles de invierno.... Un año despues del matrimonio de Maedeli me encontraba en la cabaña de Weber. Su esposa estaba ya á punto de parir, y la pobre sufría horriblemente. Era indispensable un cirujano, y no habiéndole en la aldea, era preciso andar 5 leguas á lo menos por el camino ordinario para encontrarle. Ademas no habia quien fuese, y Weber estaba desesperado. De repente me viene á la imaginacion la idea, de que cortando derechamente por lo montaña, apenas habia una hora de camino para poder llegar á la próxima aldea que tenia facultativo. Nada me impusieron los obstáculos de la mucha nieve que habia caído el dia anterior, y lo impracticable del hielo; de nada hice caso y parti.... pero sin mi inseparable carabina.... Omission que debía acarrear-me alguna desgracia, como así sucedió. Para ir mas ligero me desembaracé de todo peso, y atravesado el ventisquero, mi pie se deslizaba suavemente sobre la nieve recientemente estendida, cuando, no habiendo apercebido una hendidura que estaba oculta entre dos picos de hielo, me sumerji en un instante á 30 ó 40 pies de profundidad de la montaña. Pasados unos momentos de debilidad, recobré mis fuerzas, y aunque era verdad que padecía horribles dolores en todos los miembros de mi cuerpo, me iba poco á poco arrastrando á lo largo de un arroyo que tenia su nacimiento en aquel sitio, caminando de ese modo cerca de una legua bajo una bóveda de hielo. ¡Singular paseo

por vida mia! Llegué por último á la estremidad fronterá de este abismo que ya creia mi tumba, cuando algunos pastores me recojieron. El cirujano fue llamado, y no llegó sino para ver en el lecho de muerte á la pobre Maedeli, y para cortarme un brazo que de nada podia servirme en adelante. Despues de esto abandoné la montaña; pues me era insoportable la vista de los cazadores partiendo para alguna expedicion con ámplio repuesto de pólvora y esperanzas, y el solo consuelo que en todo este tiempo habiendo, ha consistido en la especie de museo que veis, junto con mis antiguos pertrechos.

SOBRE EL GANADO CABALLAR EN ESPAÑA.

DESDE los mas remotos tiempos fueron los españoles sumamente aficionados á los caballos, tanto que dice un autor antiguo, que los estimaban mas que á su propia sangre, y esto podia muy bien suponerse, ya por la inclinacion general á cuidar con esmero esta clase de animales, ya por su abundancia en nuestra península, promovida por la escelencia de sus pastos, de donde resultó que los caballos españoles han sido siempre famosos por su talla, agilidad y hermosura, como lo acreditan Plinio, Varron y otros antiguos historiadores, lo cual pudo ser causa de que las mas de las ciudades en los tiempos primitivos tomaron por insignia un soldado á caballo, que segun el Florez es una indicacion que prueba la inclinacion de los antiguos españoles á su crianza y propagacion.

Los habia en todas las provincias de diferentes castas. Los asturianos no eran de gran talla y hermosa figura; pero sobresalian así en la velocidad y suavidad del paso como en la fuerza y sufrimiento para la carga. Los celtiberos eran tordos, semejantes á los de los partos, y afamados por su celeridad.

Los romanos, segun innumerables testimonios, despues de los caballos de Capadocia, que eran los mas afamados, buscaban con preferencia los españoles. Aun se mejoraron mucho mas las castas con la invasion de los godos, gente por naturaleza belicosa, cuyas costumbres eran puramente militares y sus entretenimientos, pruebas de fuerza y agilidad, con las que se enseñaban á pelear en guerra verdadera. Lo propio sucedió con los árabes que les sucedieron en la dominacion de España, pues procedian de países los mas fértiles en caballos, como lo eran la Arabia, Persia y ciertas regiones de Asia y Africa, en cuyas historias se leen batallas donde entraron en combate sobre 300.000 ginetes, y esta abundancia era verosímil atendiendo á la natural disposicion de aquellos climas para la procreacion, y á las inclinaciones y nómadas costumbres de sus habitantes, y así los árabes españoles conservaron la misma aficion á los caballos que sus ascendientes, tanto que hubo historiadores de esa época, que se dedicaron á escribir historias particulares de caballos famosos, sus linajes, propiedades y acciones memorables, y otros compusieron escelentes tratados de veterinaria, que existen entre los manuscritos del Escorial.

En las Andalucías como mas próximas al Africa, y por el mayor comercio con aquel país, se mezclaron muy amenudo las castas, mejorándose y perfeccionándose mucho las andaluzas, sucediendo poco mas ó menos lo propio con las de Castilla, por los muchos caballos árabes, que durante

las treguas en ella se introducían, por medio de un tráfico bastante activo que entre ambos países mediaba.

La misma guerra que los príncipes cristianos tenían que sostener continuamente contra los sarracenos, era causa de la propagación y estima de los caballos, pues todo noble ó propietario solariego, lo mismo que los señores feudales, tenían que sostener cantidad de ginetes proporcionada á sus rentas, y como la milicia no era fija sino á sueldo por temporada, todos los inclinados al servicio de las armas procuraban acudir al llamamiento con caballo, pues entonces su consideración era mayor que la de los simples peones, tanto en el sueldo como en la repartición del botín; y además los caballeros, solo por tener que mantener su caballo, gozaban preeminencias y distinciones, con esención de muchas cargas que gravaban sobre el pechero, lo cual llegó á mas alto grado, con el gran respeto y consideración que por entonces tenía el orden de caballería, que tantos requisitos y ceremonias exigía: aumentado aquel con la educación, el amor y la galantería, mas y mas realzada en las diversiones públicas, de donde nacieron aquellas costumbres y aventuras ridiculizadas por Cervantes, que no son sino una pintura fiel de las que existieron entonces en las cañas, justas y torneos, donde lucían á un mismo tiempo las mejores armas y caballos, y la gala y gentileza de los caballeros, consistiendo en muchas ocasiones la vida ó el honor de aquellos en la fuerza y brio de un caballo, junto con la destreza en manejarle. Del conde Buelna se dice en su crónica que *conoscia caballos buscabalos é tenialos é facia mucho por ellos; non obo en Castilla ninguno en su tiempo que tan buenos caballos obiese como él.*

Igualmente en los siglos medios contribuyó al aumento de la caballería la inclinación de los españoles á las cruzadas, que conmovieron á todo el Occidente contra el Oriente, las peregrinaciones á tierra santa, y sobre todo las muchas fundaciones de órdenes militares, en las que entraban las personas mas ilustres, cuyo principal rito era el de militar perpétuamente á caballo, con lo cual la multiplicación de estos cruzados no podía dejar de influir en el aumento de la caballería.

De todo esto resulta verosímil, el gran número de caballos, que no solo en los dominios árabes, sino tambien en los cristianos, existieron en nuestra Península en varias épocas de la edad media, aunque no en número tan exagerado como han querido suponer algunos escritores, diciendo que en el ejército de Alfonso el VI derrotado por los moros el 1086 habia sobre 400 caballos, y que en la coronación de D. Alonso IV de Aragon se juntaron el 1328 en Zaragoza 300, ni menos lo que dice Macanaz hablando de los reyes moros de Granada, de los cuales asegura que podian poner en campaña sobre 300 caballos, y como quiera que esto sea, aun rebajando los cálculos exagerados y notoriamente falsos de algunos escritores, siempre resulta por otras mil relaciones dignas de toda fé, que en ciertas épocas de la edad media abundaron mucho los caballos en nuestra España, aunque no sea posible determinar su número.

(Se concluirá.)

EL SEPULCRO Y LA CUNA.

(Dedicada á mi amigo el Señor Don Manuel Juan Diana.)

Los polos sois de la vida,
esos secretos de Dios,
cuyos arcanos terribles
nunca el hombre descubrió.
Esas invisibles puertas
de esta misera mansion,
cuya llave está guardada
en la mente del Señor.
Yo, misera criatura,
que sin saber donde estoy,
me atrevo á pensar, me atrevo
con ojo escudriñador
alzando mi vista audaz
por la diáfana estension,
á pensar en la carrera
de ese destlustrante Sol;
á querer parar el curso
del impetuoso Aquilon,
á sorprender de su cuajan
los aromas de la flor,
á trastornar de los rios
la marcada direccion,
á romper de los planetas
el lazo que los unió,
ya en la misteriosa noche,
ya del día en el fulgor,
ya en lo ancho de los mares,
ya en la furia del turbion,
ya en las flores marchitadas,
ya en las de vivo esplendor,
al hondo de las cavernas,
en el aire, en el crisol,
en lo frio de la muerte,
de la vida en el calor,
en el beso de la Virgen,
y en todas partes; ¡ay Dios!
veo la palabra *nada*
delante de mi intencion.
Siempre esas puertas de hierro
oponen á mi furor
una barrera, que solo
pudiera romperla Dios.
Y yo, misero gusano
que entre la escoria nació,
que solo tengo del mundo
la mezquina sensacion,
¿he de levantar mi mano
para abrir lo que él cerró?
¿he de rasgar de las nubes
el cristalino vapor?
¿he de sumirme en los mares?
¿he de luchar con el sol?
no, que á la palabra *nada*
sigue mi deseo en pos;
no, que esas puertas de hierro
oponen á mi intencion
una barrera que solo
pudiera romperla Dios.
Y entonces, si no me es dado
concebir lo que él pensó;
si el mundo en vano se afana,
y en inútil confusion
se estrella con su delirio,
¿quién ese orgullo le dió?
Contra su destino insano
en continua rebelion
entre la duda y la fé
acométele el dolor.
¡Oh! si tuviera las alas
del impetuoso Aquilon,

si me prestara su fuego,
toda su energía el sol;
¡oh! vive Dios que arrancara
de la mente del Señor
esa llave que nos cierra
nuestra misera mansión.
¿Podré en el llanto del niño
satisfacer mi ambición?
¿Podré en el seno materno
descubrir mi intento? no:
solo el niño es quien pudiera;
mas su infantil intención
cubierta está con un velo
de tristísimo estupor.
Y el mundo se llama sábio,
y de talento precoz,
y no saben todavía
los humanos lo que son,
y se encuentran padeciendo
en este suelo de horror,
y vegetan sin saber
como fué su creación.
Yo lúcho con mi destino;
yo quiero saber quien soy;
quiero romper esas puertas,
ese rudo ceñidor
de la vida, que al quebrarse
lleva el pensamiento en pos.
Arcanos son que quizá
eternos y sábios son;
¡ay! esas puertas de hierro
oponen á mi faro
una barrera que solo
podría romper Dios.
Siempre la palabra *nada*
está frente á mi intención.
Venga, venga desde el cielo
un rayo exterminador,
venga el volcánico ruido
de la niebla y el turbión.
Venga á destruir mi vida,
y en su camino velez
al son de las tempestades
y del rayo al resplandor.

Vengan cual tropa de funesto bando
en revoltosa confusión sañuda;
vengan por el espacio rebramando
que de Dios el enojo las escuda.
El Aquilon horriso tronando
las graves alas en redor sacuda,
y lance sin piedad en este mundo
su ronco soplo, su mugir profundo.

Que yo le espero aquí; yo entusiasmado
quiero saber arcanos de esa ciencia;
yo solo sobre el mundo amedrentado
del turbión aspirar quiero la esencia;
desafiar su enojo despiadado,
quiero arrostrar su omnimoda potencia,
quiero al soplo de rudas tempestades
ver los hombres temblar, y las ciudades.

Aquí sobre esta peña descarnada,
mirando al mar que por mis pies retumba,
la mente enardecida, descarriada,
al soplo grave de la austral balumba;
Por los confines del espacio echada,
por ese espacio que rugiente zumba,
llena de grata inspiración la mente
y el pecho ardiendo en ilusión demente;

Aquí solo, sin ley y sin creencias
sorprenderé la enfermedad del mundo,
sorprenderé volcánicas esencias
al rebramar del rayo furibundo.
Y dando libre curso á las demencias
de mi audaz pensamiento sin segundo,
veré el arcano mágico que encierra
la grande maravilla de la tierra.

Veré esa inmensidad, ese vacío;
veré el turbión también, y la tormenta;
veré en mi ardiente y ciego desvarío
donde este mundo su extensión asienta.
Del huracán desprecio el poderío:
Su fuerza, su poder no me amedrenta;
en éstas magnético inflamado
quiero ser por su brío entusiasmado.

Sigue, arrecia, turbión, sigue bramando;
arrecia, tempestad, sigue rugiendo,
esas olas del mar están temblando,
con el crujir de tu terrible estruendo.
Arrecia, y ves tus olas encrespando,
arrecia, y ves tus alas sacudiendo,
y al alzar tus espléndidas montañas
volcaniza del cielo las entrañas.

¡Quién pudiera á tus montes ir asido!
en medio de tus ovas columpiarse
ébrio el pecho, y el alma, y el sentido,
y subir hasta el cielo, y elevarse
tanto, que viera al mundo derruido
insecto vil temblando desmayarse,
cual átomo sutil que oculta apenas
su carcomida faz entre la arena.

Si, allí está Dios, allí; yo quiero alzarme;
llevame, tempestad, sobre tus hombros,
y que pueda subiendo recostarme
en tu lecho de diáfanos escombros.
Sí, yo quiero subir, quiero admirarme
con esos tantos inclitos asombros;
quiero seguir tus destructoras huellas,
y tener por alfombra á las estrellas.

Llévame, ronca tempestad violenta,
en medio de la sombra tenebrosa,
antes que rompa el alba cenicienta
del cielo la cortina misteriosa.
Antes que venga el Sol, que si presenta
su luz de oro, su masa fulgorosa,
si el éther vago en esplendor inunda,
ha de vencer la sombra tan profunda.

¡Sigue! ¡arrecia, turbión! sigue bramando,
arrecia, tempestad, sigue rugiendo,
esas olas del mar están temblando
con el crujir de tu terrible estruendo.
¡Arrecia! y ves tus alas encrespando;
arrecia, y ves tus alas sacudiendo,
y al alzar tus espléndidas montañas
volcaniza del cielo las entrañas.

Si, allí está Dios, allí; yo quiero alzarme;
llevame, tempestad, sobre tus hombros,
y que pueda subiendo recostarme
en tu lecho de diáfanos escombros.
Sí, yo quiero subir, quiero admirarme
en esos tantos inclitos asombros;
quiero seguir tus destructoras huellas,
y tener por alfombra á las estrellas.

Allí lo encontraré, allí rasgando
esa tiniebla de la noche umbría,
á tus montes asido iré llegando
hasta romper la bóveda sombría.
Subiré, subiré, iré escalando
llena de ardiente fuego el alma mía,
y sabré en mi delirio sin segundo
lo que es la eternidad, y el caos, y el mundo.

FRANCISCO LUIS DE RETES.